

para criticarlo: «Hace mal... Si yo estuviera en su lugar... Con la suerte que tiene...» Pero ellos no quieren hacer el menor esfuerzo, como si así castigasen a la vida: «¡Ah!, ¿sí? ¿No quieres ser fácil, agradable, cómoda? Peor para ti; yo no juego...» Esta posición es muy confortable: en vez de actuar crítica, sustituye a la acción la ilusión de la acción. Aconsejan a los otros: «Debieras ser más severa con tus hijos... Debieras dominar tus celos... Debieras adelgazar...» Toda esa palabrería cubre una vocecita interior que dice: «¿Y yo? ¿Y yo?».

2. En el segundo grupo están los que hacen su obligación sin interés porque la consideran de poca monta y actúan por «embesitadas». Según ellos, se ocuparían bien de su trabajo si éste fuera más importante, y además se creen suficientemente listos e inteligentes para enderezar las cosas a última hora. «No tiene importancia; ya se arreglará», es su catecismo y su «sésamo, ábrete». Creen en el milagro, pero hecho por ellos; es su manera de sentirse superior. El detalle les horripila y les parece siempre una «pequeñez».

3. Al tercer grupo pertenecen los que se instalan en su pereza porque encuentran en ella un sombrío confort y una excusa preventiva a las consecuencias de su inercia. ¿De qué me va a servir estudiar si muchas personas con carrera no consiguen desenvolverse ni ocupar un buen puesto? ¿De qué querer luchar si los otros son los más fuertes? ¿Para qué esmerarme en el cumplimiento de mi obligación si no me van a aumentar? ¿Para qué arreglar esta cerradura si todo en la casa necesitaría ser rehecho? ¿Para qué limpiar mis zapatos, coser mis guantes, planchar mi vestido, si son tan viejos? Es la manera de saberse perezoso de conciencia, pero de

absolverse «cariñosamente» de la propia pereza, y no hablo aquí sino de detalles exteriores, de «lo que se ve», no de todas las lacras espirituales que esa negligencia trae consigo, alienta y desarrolla.

La desesperación engendra actos; la pereza de conciencia, apatía, inhibición, indiferencia total. Por eso, en cierto modo, es mucho peor compañera.

Cada uno de nosotros recibe al nacer los «talentos» de que habla el Evangelio. Estos talentos, esos bienes es preciso hacerlos producir. La pereza de conciencia los entierra. Ahí quedan. También en la parábola uno de los siervos actuó en esta forma y ya sabéis lo que Cristo dijo de él.

Es preciso, pues, reaccionar, si queremos no sólo salvarnos a nosotros, sino a toda nuestra época. Esa terrible enfermedad que aniquila al individuo, aniquila a través de él a toda una sociedad. En vez de hablar de los males de nuestro siglo, procuremos luchar contra ellos; la salvación de todos no puede venir sino de la reacción de cada uno de nosotros en particular. Y para ello sería suficiente que cada una de esas personas que se creen injustamente tratadas por la suerte procure cumplir perfectamente bien su obligación, sea ésta grande o pequeña (¿no dijo Santa Teresa que también entre los pucheros anda Dios?), sin pretender analizar la mayor o menor injusticia que la ha colocado donde está.

El primer paso, el primer esfuerzo a realizar es volver al examen de conciencia de nuestros primeros años, pero teniendo muy presente que, cuando intentemos juzgar la importancia que puede tener el que hagamos o dejemos de hacer alguna cosa, la adopción de la postura más cómoda será siempre la pereza de conciencia quien, aun sin darnos cuenta, nos la dictará.